





LA
PIONERA
DEL FIN DEL
MUNDO

Lucía Huidobro

Platero
COOLBOOKS 

Título: La pionera del fin del mundo

Primera edición: mayo, 2025

© 2025, del texto Lucía Huidobro Gutiérrez.

© 2025, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n .

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de cubierta: Platero Coolbooks.

Ilustración de cubierta por Lucas Ortega Lojo, @luki.illustr

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

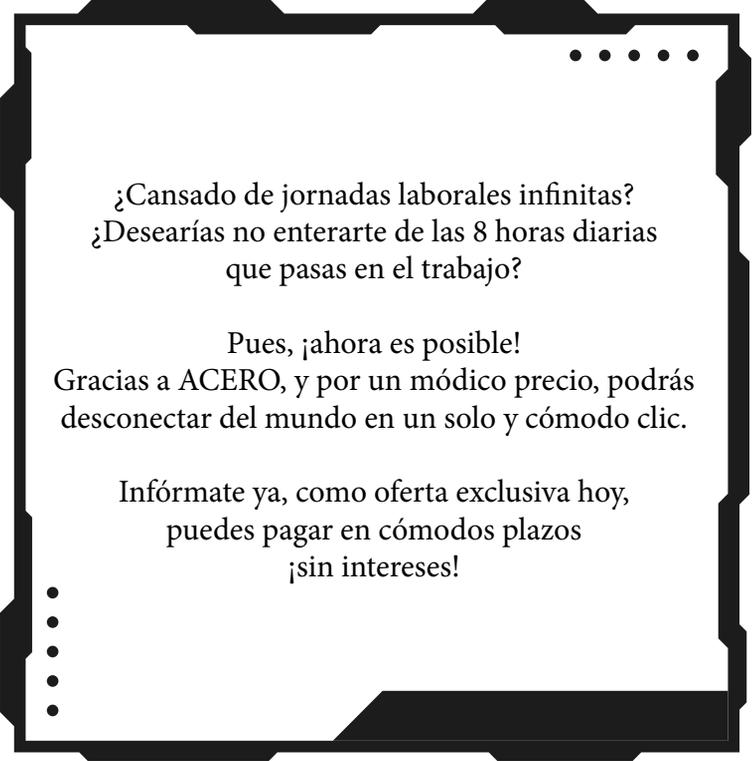
Printed in Spain-Impreso en España

Depósito legal: SE-1035-2025

ISBN: 979-13-87720-19-3

*A mi madre: por animarme siempre a escribir
y apoyarme incondicionalmente en todo lo que hago,
por muy distópica que se vuelva la vida*





• • • • •

¿Cansado de jornadas laborales infinitas?
¿Desearías no enterarte de las 8 horas diarias
que pasas en el trabajo?

Pues, ¡ahora es posible!
Gracias a ACERO, y por un módico precio, podrás
desconectar del mundo en un solo y cómodo clic.

Infórmate ya, como oferta exclusiva hoy,
puedes pagar en cómodos plazos
¡sin intereses!

•
•
•
•
•



Índice

Parte 1	11
Capítulo I Pruebas.....	13
1	13
2.....	18
3.....	22
4.....	25
5.....	30
Capítulo II Violencia.....	33
1.....	33
2.....	46
Capítulo III Muerte.....	57
1.....	57
2.....	60
3.....	67
4.....	76
5.....	77
6.....	90
7.....	99
Parte 2	107
Capítulo IV Control.....	109
1	109
2.....	113
3.....	117
4.....	125
5.....	133

6.....	138
7.....	144
8.....	148
9.....	150
Capítulo V Guerra.....	159
1.....	159
2.....	161
3.....	163

Parte 1



Capítulo I

Pruebas

1

Dafne necesitaba dinero. Aceptó ese trabajo como podría haber aceptado cualquier otro. Pero era dinero fácil, o al menos eso parecía. Y con un fin loable, científico. Si entonces hubiese sabido a lo que en realidad estaba contribuyendo... pero no debería culparse, de no haber sido ella lo habría hecho cualquier otra persona.

Ella era, al fin y al cabo, una víctima más.

Vio por casualidad el anuncio en el tablón de anuncios de la facultad cuando iba a echar el currículum en la cafetería. Buscaban gente, pero solo para dos horas al día, en las horas puntas de comida de lunes a viernes. Por supuesto, el sueldo no alcanzaba para nada, pero tampoco tenía mejores ofertas.

A sus 21 años, no había conseguido aún empezar la universidad. No por falta de ganas, sino de recursos económicos. No cumplía los requisitos para obtener una beca. Así que su plan era ahorrar algo de dinero y luego estudiar, poco a poco, Psicología en la Universidad a Distancia.

El anuncio no explicaba demasiado sobre para qué se necesitaba el conejillo de indias. Se trataba de algo neurológico, eso es lo único que sabía. Se autoconvenció de que

hacía lo correcto al apuntarse con la excusa de que, a lo mejor, estaban investigando una cura para el alzhéimer. Pero todos sabemos que las curas a enfermedades no les salen rentables a las farmacéuticas y, al fin y al cabo, detrás de aquellos experimentos se encontraba una de las grandes. Pero por pedir algo de información no perdía nada.

Recibió una respuesta por correo electrónico citándola en los laboratorios. Cuando acudió a la cita, un frío día de finales de abril, el cielo estaba gris y a lo único que invitaba era a quedarse en la cama. Se presentó allí a las 8 de la mañana, como habían pactado. Al despertarse se encontró en un estado de nerviosismo, preguntándose a sí misma si de verdad debía de acudir. Algo le daba mala espina, pero al final lo achacó a los nervios que padecía siempre antes de emprender cualquier actividad nueva.

Cuando llegó allí, la recibió una de las personas encargadas del proyecto. Su nombre era Juan, y se encargó de «explicarle» en lo que iba a consistir su papel. Al parecer, se trataba de la implantación de un microchip en el cerebro. Lo llamaban ACERO (Atención Centralizada En Rutinas Obligadas). Entonces entendió el porqué de la suma tan cuantiosa de dinero. Para tratarse de una cirugía cerebral, le empezó a parecer poca pasta. Juan le tranquilizó diciendo que no se trataba de una operación muy complicada:

—El fin de todo esto es muy sencillo. Puesto que lamentablemente mucha gente tiene un trabajo que odia, la idea es que el microchip permita «apagar» su conciencia durante el tiempo que estimen necesario, en principio durante su jornada laboral. El sujeto entrará en un estado de sueño profundo cuando el chip funcione, y al despertar no recordará nada. Será como si el tiempo no hubiese pasado, haciendo de verdad posible el vivir sin trabajar. Por supuesto, durante el tiempo que el sujeto no esté en estado consciente, actuará

con normalidad. No será, por ejemplo, como un robot del que se pueda abusar.

Tras su explicación, Dafne se sintió aún más confusa que al principio. Empezó a plantearse muy en serio si merecía la pena participar, al fin y al cabo, no se trataba de ninguna cura a una enfermedad. Pero por otra parte, algo dentro de sí le decía que sería maravilloso trabajar sin ser consciente de ello. Vivir una vida en la que solo recordemos lo que queramos. En su cabeza empezó a tomar forma un mundo utópico maravilloso, en el que dejase de sentirse una esclava del sistema capitalista.

Los laboratorios se encontraban a las afueras de la ciudad. Se trataba, como cabía esperar, de un complejo de edificios enorme. El día seguía siendo gris, y Dafne se sentía como en una película de miedo. No le abandonaba ese sentimiento negativo que le erizaba el vello.

Juan le presentó al resto del equipo. Lo formaban cinco personas, tres hombres y dos mujeres. Todos ellos eran estudiantes de doctorado, con todas sus esperanzas puestas en este proyecto. La tensión se palpaba en el ambiente, era evidente el estrés que soportaban los estudiantes. Dafne aún no conocería al profesor encargado del proyecto. No hasta que se viera cómo se desarrollaba la situación.

El primer día solo le hicieron firmar lo que a ella le parecieron un millón de documentos: autorizaciones, políticas de protección de datos, un contrato en el que no hacía responsable a la empresa si algo salía mal...

—¿Qué es todo lo que puede salir mal? ¿A qué me arriesgo por participar en esto? —preguntó, con las piernas ya a punto de echar a correr.

—Es simple y pura burocracia. El mismo papel lo tienes que firmar si te sometes a una operación en cualquier hospital —intentó tranquilizarla Juan. Al parecer, Juan era el encargado de tranquilizarla durante todo el proceso.

—No has respondido en absoluto a mi pregunta.

Se hizo un silencio incómodo. Sinceramente, nadie en el laboratorio esperaba que Dafne fuera tan estúpida como para prestarse a una cirugía craneal sin querer saber más.

—Tienes razón, lo siento. En resumidas cuentas, son posibles efectos adversos por la implantación del chip: pérdida de ciertas facultades como el habla, pérdida de memoria a corto plazo, pérdida de visión... la verdad es que tampoco sabemos con exactitud cuáles podrían ser los problemas. Lo que te aseguramos es que, de aparecer alguno, al más leve síntoma de que algo va mal, suspenderemos de inmediato el tratamiento, de manera que cualquier tipo de problema que padezcas no sea irreversible.

Dafne permaneció callada durante unos minutos, que a Juan le parecieron eternos. Él no quería que ella se echara atrás. Porque no sería la primera. Llevaban meses buscando candidatos, ya habían tenido cinco interesados que, al llegar a ese punto de los efectos adversos, se echaban atrás. Se iban con mucha prisa diciendo que se lo tenían que pensar mejor y que ya les avisarían para proseguir con el proyecto. Luego no volvían a saber nada de ellos.

Ella solo pensaba en el dinero. En esa suculenta suma de dinero que le permitiría, al menos, viajar por el mundo por una buena temporada, además de financiarse sus estudios. Sin mediar palabra, pero sabiendo por dentro que se arrepentiría de eso, firmó el documento.

A la semana siguiente empezaron el proceso de verdad. Citaron a Dafne el lunes a primera hora de la mañana. ¿Qué plan de lunes puede haber mejor que implantarse un microchip en el cerebro? Dafne rio para sí. Al menos, de momento, conservaba el buen humor. Al llegar a los laboratorios esta vez le atendió otro miembro del equipo, Sara. Era muy evidente que Sara era la sensible y dulce del grupo. A Dafne en realidad le repugnaba la gente así, de la que te llama «cariño» o «cielo» sin conocerte de nada. Así que en vez de sentirse tranquila, le provocaba el efecto adverso. Sara le habló

con ternura, le explicó cómo iban a implantar el microchip y cómo no iba a notar nada. A Dafne tener que afeitarse la nuca no le importaba lo más mínimo, pues no sería la primera vez. Comenzaron a rapar la sección, entre el final del nacimiento del cabello y la oreja izquierda. A partir de ese momento ella no sería consciente de mucho más, pues para implantar el chip (y a pesar de lo superficial que este iba a encontrarse) utilizarían anestesia general. A las pocas horas, Dafne despertó. Lo primero que hizo fue tocarse la nuca. Notaba tres puntos de sutura. Si apretaba, sentía un elemento metálico. O al menos esa era su impresión, quizás fuera pura sugestión, ya que ella sabía de sobra que el microchip se encontraba ahí.

Nada más colocar el implante, comenzaron a hacer pruebas. La sentaron en una silla reclinada, al estilo de las que tienen los dentistas. Le dijeron que se relajara. Qué fácil era decirlo desde el otro lado del cristal. Llevando a cabo algo parecido a una meditación guiada, le pidieron que cerrara los ojos, que inspirara, que expirara. Controlando su respiración hasta que se pasara la taquicardia.

—Lo estás haciendo muy bien, Dafne. Ahora quiero que te concentres todo lo que puedas. Piensa que en la próxima media hora tienes que llevar a cabo una tarea que odies. Que no te apetece nada. Lo que más rabia te dé en el mundo. Tienes que estar concentrada y generar un pensamiento muy simple y muy claro: suspender. Bien. Una vez has ocupado toda tu mente con esa palabra, quiero que añadas el tiempo: media hora. Repítelo en tu cabeza 3 veces: suspender media hora, suspender media hora, suspender media hora.

Dafne no estaba segura de quién era la voz que le hablaba. Cada vez parecía haber más gente en el proyecto, salían científicos y estudiantes de debajo de las piedras. Pero eso no importaba ahora, porque debía concentrarse. Suspender, suspender, suspender. Suspender... media hora. Media hora. Media hora. Tenía los párpados tan apretados como

le era posible. Suspender. Sus manos temblaban de manera incontrolable. Media hora. De repente, estaba soñando. Ya no estaba en esa camilla, sino en su casa. En su sofá. Cuando abrió los ojos, se sintió tranquila. El microchip había funcionado. Solo recordaba un sueño.

—Vale, algo ha salido mal —volvió a decir la voz.

—¿Cómo? No ha podido salir mal, yo he soñado.

—Puede que sí, pero no parecías tú misma. Has estado suspendida durante diez minutos, de los cuales unos 4 no parecías reaccionar a estímulos. Estabas como realmente dormida. Y eso no es lo que buscamos con esto.

En ese momento, se sintió aturdida. No se sentía muy a gusto con la idea de haber permanecido inconsciente, aunque fuera durante unos minutos. Perder el control le hacía sentirse vulnerable en exceso.

—Antes de que te vayas... ¿te puedo preguntar en qué odiosa tarea has pensado?

—En este experimento —dijo Dafne, antes de levantarse de la camilla y dirigirse a la puerta.

Su próxima cita sería la siguiente semana. El equipo tenía que seguir investigando qué es lo que estaba fallando exactamente. Sin embargo, la sensación general era de inmensa alegría, ya que hasta ahora nunca habían conseguido llegar tan lejos. El ACERO parecía cada vez más una realidad factible.

2

De camino a casa decidió que necesitaba una cerveza. Lo que estaba pasando le superaba y necesitaba compartirlo con un amigo. Cogió el teléfono, marcó el número de Gorka y le dijo que le esperaba en el bar de la esquina. Tenían que hablar. Era urgente.

Gorka se presentó media hora más tarde. Para la

impuntualidad que le caracterizaba, se había dado bastante prisa. Dafne debió de sonar preocupada al teléfono. De repente, ella fue consciente de la suerte que tenía de poder contar con un buen amigo como él, de tener alguien a quien acudir, alguien que siempre estaba dispuesto a ayudarla y a escuchar sus mierdas.

—¡Qué pasa, Daf! ¡Ya hacía mucho que no nos veíamos! —saludó Gorka con alegría. Era cierto, habían pasado unas cuantas semanas desde su último encuentro. La verdad es que ambos eran bastante dejados en cuanto a mantener el contacto se refiere. Eso no significaba que no se apreciaran ni que no pensarán el uno en el otro en todo momento.

—Ya ves. La verdad es que ahora mismo tengo mucho que contarte.

Dafne le explicó todo lo acontecido hasta aquel día. Al terminar su relato, Gorka no sabía muy bien qué decirle, cómo hacerle sentir mejor.

—Si te soy sincero, me parece un tema delicado —dijo él tras meditarlo—. Es innegable que el dinero está bastante bien. Y si no lo hicieras tú lo haría otra persona. Así que no te calientes la cabeza por temas éticos y morales en este caso. Lo único que me preocupa es el tema de los efectos secundarios. Lo primero es tu salud. Espero que esos científicos sepan lo que hacen.

—En realidad, respecto a eso me encuentro bastante tranquila. Me han asegurado que es muy difícil que si algo sale mal sea con carácter permanente. A mí lo que más me preocupa es que el experimento funcione. Quiero decir, la idea de que el ACERO sea un éxito me agrada. No más jornadas laborales que se hacen infinitas. Estoy harta de sentir que la vida se me pasa trabajando. Harta de esperar a que llegue el fin de semana, a que lleguen las vacaciones. ¿Para qué? Para después volver a empezar y volver a iniciar la cuenta atrás hasta el siguiente resquicio de vida. Yo no quiero vivir así. No quiero que se me pase la vida esperando

al tiempo libre. No quiero ser consciente de que soy una esclava. De que con mi trabajo solo estoy enriqueciendo al empresario de turno. ¿Qué motivación tengo para trabajar? Si trabajo poco, me siento mal, siento que no me he ganado mi sueldo del día. Pero si trabajo demasiado, tampoco me siento satisfecha. Porque solo siento que estoy generando más beneficio a mi jefe, un beneficio que de ningún modo va a repercutir en mí, en mi sueldo, en mis condiciones de trabajo, ni siquiera en la consideración que la empresa tiene de mí. Porque no me van a dar ni las gracias. Gracias por dejarte explotar. Gracias por autoexplotarte, es muy amable de tu parte...

—Te noto un pelín quemada —interrumpió Gorka—. Pero tienes razón en lo que dices. A veces siento que llevamos una vida un tanto triste. A pesar de que cada vez contamos con más facilidades para todo, vivimos una vida más vacía y para nada sencilla. Vivir la vida que queremos llevar a veces me parece imposible. Necesitamos vivir el momento. Ver y disfrutar de las pequeñas cosas, que al final son lo importante.

—Sí, eso está claro. Pero, ¿cómo disfrutar de la vida si no tienes tiempo para ello? Trabajar me chupa la energía. Hasta ahora, en toda mi corta vida, nunca he tenido un trabajo que me guste. Siempre han sido trabajos manuales, mecánicos, casi robóticos. 8 horas al día haciendo los mismos movimientos. Una y otra vez, de manera automática. Si intento concentrarme en un trabajo así, me vuelvo loca. ¿Cómo disfrutar de algo así? ¿Cómo concentrarse en eso? Me resulta algo del todo inconcebible. De hecho, intento hacer justo lo contrario: pensar en cosas que me gustan, planificar qué haré en mi día libre, ocupar mi mente con cosas agradables. Ese es el pro de ese tipo de trabajos tan mecánicos. De cierta manera, te permiten tener la mente libre para ocuparla con otras cosas. La desventaja a su vez es que, si algún día te sientes negativo, esos pensamientos negativos

se multiplican por mil. Por eso quiero, por eso me gustaría tanto, que el ACERO funcionase.

—¿Entonces, qué te preocupa al respecto?

—Me preocupa que funcione, pero que no funcione como yo espero, como me han contado. Me preocupa que lo que pase en realidad en esos periodos de inconsciencia es que seamos absolutos robots. Me preocupa perder la voluntad mientras trabajo. Que de algún modo nos hagan trabajar aún más, más rápido, más eficientemente, sin descanso. Al fin y al cabo, el éxito del ACERO sería de cierto modo un triunfo de la libertad mental. Una libertad artificial, quizás triste incluso, pero a mí me parece mejor que nada. Sin embargo, no confío en que el sistema permita el triunfo de una libertad, aunque sea artificial, como digo. El sistema nos quiere presos. El sistema quiere que sigamos convencidos de la absurda idea de que el trabajo nos realiza y nos dignifica. De que con esfuerzo y trabajo podemos conseguir una vida mejor. De lo que no nos damos cuenta es de que todo está planteado de manera que, en general, solo triunfen los de siempre. Que de manera honrada y trabajadora es difícil llegar a algo. De que los ricos siempre serán más ricos y los pobres más pobres. Y encima pretenden que estemos de acuerdo y satisfechos con ello.

—Sí, pero siempre se puede vivir al margen del sistema.

—Claro, viviendo en una casa okupa. O en el campo. Para vivir al margen del sistema hay que renunciar a una serie de comodidades a las que estamos acostumbrados porque hemos nacido con ellas. Al menos en el «primer mundo», claro. Me parece imposible encontrar un equilibrio. Poder seguir teniendo intimidad y comodidades como yo qué sé, internet. Qué haríamos ahora sin internet. Puede que no estar tan aborregados. Pero sé que quiero seguir teniendo la posibilidad de encontrar la próxima película que voy a ver de manera tan fácil, tan cómoda desde el sofá. Y, por supuesto, no quiero renunciar a mi sofá. No sé, a veces

me siento dividida entre estar en contra del sistema y por otra parte estar tan jodidamente metida en él. Está muy bien montado, desde luego. Por eso me parece un equilibrio posible, aunque sea tan triste y tan virtual. Quiero poder llenar mis pensamientos de las cosas que yo quiero. Quiero vivir las experiencias que yo quiera. Y no que mi esfera sea, en su mayoría, un puesto de trabajo. Porque más utópico que vivir al margen del sistema, me parece la idea de encontrar un trabajo que me guste, que me haga sentir feliz y realizada. Porque para empezar, aunque trabajes de algo que te guste, el tener marcados unos horarios, el tener que hacerlo sí o sí, por obligación, le quita toda la diversión y la libertad.

Cuando se dieron cuenta, llevaban ya bebidas seis cañas. Gorka se disculpó y le dijo que se tenía que ir a casa porque se estaba haciendo tarde y al día siguiente se levantaba a las cinco para ir a trabajar. Dafne se rio, de alguna manera le parecía poético que tras esa conversación con Gorka la despedida fuera por ese motivo. Aquella noche le costó dormir. Seguía pensando en la conversación con Gorka. Y en cómo sus esperanzas en una vida mejor estaban puestas por completo en el éxito del ACERO. Y en cómo, a la vez, odiaba la idea del microchip y le asustaba que funcionara.

3

La semana siguiente llegó demasiado rápido, como siempre que esperaba una cita no deseada. Aquel día se encontraba incluso más nerviosa que el primero que acudió a los laboratorios. Si es que eso era posible. A las 9 ya estaba allí, esperando a que le cambiaran el microchip.

—Hola, cielo. Espero que vengas descansada. Hoy nos espera un día muy largo —le saludó Sara con su falsa alegría. El sonido de su voz le revolvía el estómago, con esa simpatía tan de mentira que desprendía.